



# RETRATO DE UN CAPITAN

**Manuel Leguineche**

**H**A dejado la fusta con empuñadura de piel de serpiente y los guantes de cuero sobre la mesa circular. Estamos en la sala de oficiales de una Academia de Caballería, cerca de Lisboa. Sobre nosotros hay un emblema del cuerpo, «al galope con el corazón en alto», y la frase, retórica y militarista, de un escritor portugués que habla de cargas de caballería y de la defensa del Portugal «africano» a golpe de bayoneta entre ríos de sangre. Pero en las palabras de este joven capitán, hay un nuevo espíritu, otra conciencia del deber. Es uno de los protagonistas del golpe del 25 de abril, uno de los portavoces del «movimiento de capitanes». Este es el relato que me ha hecho de su vida, en términos sencillos, y hasta contradictorios.

«Soy capitán desde hace ocho años. Tengo treinta y tres ahora. De Caballería. Escogí Caballería porque es una cuestión de espíritu de arma. Me gustan los caballos, porque aunque se dice que están pasados de moda como instrumento bélico, practico con ellos siempre que puedo. Cabalgo por la Academia o fuera de ella, como el resto de los doce capitanes que estamos aquí. Estas botas de montar que llevo no son fingidas. Claro, que también dirigimos columnas de blindados y carros de combate, la moderna Caballería.

No somos, los de Caballería, ni mejores ni peores que el resto de las armas. Somos distintos. Para elegir Caballería hay que haber pensado antes en nuestra misión en una guerra convencional, por ejemplo, en lo decisivo de un ataque de carros. Nos

gusta el peligro. Es en Portugal un arma restringida en la que no entra todo el que quiere. Hay gran competencia, pero esto no fue para mí sino un incentivo. Al fin aprobé todos los exámenes, y con el tiempo conseguí los galones de capitán. Porque llegó un momento en que el Ejército portugués necesitaba capitanes para ultramar. La guerra contra los terroristas (sic) exigía la creación de nuevas promociones de oficiales jóvenes. Y la urgencia de enviarlos a ultramar aceleró su formación. Antes, para ser capitán había que estudiar durante seis o siete años. Ahora se es capitán después de tres años. Nosotros, los capitanes, hemos sido la clase más sacrificada en la guerra de ultramar. Como dice el general Spínola en su libro, los capitanes jóvenes hemos sufrido intensamente en África, y pronto tuvimos una conciencia crítica de lo que allí pasaba y de las razones o sinrazones por las que se nos enviaba a ultramar. Sentíamos que nuestra formación intelectual no era suficiente, y estudiamos por nuestra cuenta, a base de libros, de largas conversaciones con los universitarios. Pero lo más importante fue el hecho de que la población sentía odio hacia el Ejército y lo que el Ejército representaba. Y pronto supimos que no defendíamos a una nación, sino a un Gobierno y a unos cuantos. El pueblo, que nos despreciaba, no tenía nada que ver con lo que pasaba en África. Esta idea se extendió pronto hacia otros cuerpos intermedios del Ejército.

Nuestro movimiento no tiene líderes, no los quisimos desde el principio. Por eso, no publique mi nombre. No

nos ha guiado un espíritu de élite o de grupo de elegidos. Hemos funcionado en equipo. Cada grupo de capitanes tenía una misión encomendada, específica. Unos se encargaban de la cosa política; otros, de la organización o el estudio de lo militar; otros, de la cuestión personal; otros, de la acción directa. Cada unidad o cada grupo de capitanes tenía su representante. Era el encargado de conectar con otros portavoces de otros grupos de capitanes en Lisboa. En aquellas reuniones, cada portavoz exponía sus experiencias o el resultado de los estudios del grupo. Todo se coordinaba y se aglutinaba de acuerdo con estas reuniones de capitanes en Lisboa. Se tomaban decisiones en común, se planteaba una estrategia, se evaluaba el alcance que podrían tener nuestros movimientos. Pocas veces circulábamos panfletos o manifiestos escritos. Todo se hacía de acuerdo con este proceso de comunicación de representantes de los diversos grupos de capitanes que se reunían en Lisboa. Luego, cada uno, de vuelta a su unidad, transmitía los resultados o las impresiones generales.

Puede decirse que el «movimiento de capitanes», el período más activo de nuestro trabajo, comienza cuando el ministro del Ejército, que es consciente de nuestro espíritu de crítica, comienza a hacer transferencias de capitanes para tratar de desarticular el movimiento. Intenta dispersarnos: unos van a Braganza, por ejemplo, y otros a las Azores. Lo más lejos posible de Lisboa. Esto sucedía como unos quince días antes de lo de Caldas da Rainha. El ministro del Ejército y los

oficiales generales entraron en acción directa contra nosotros cuando sucedió, el 16 de marzo, lo de Caldas. Todavía no estaba todo organizado para el golpe final. Quizá los de Caldas esperaban el apoyo de otras unidades, estaban nerviosos por actuar, pero no era el tiempo. Después de aquello creció la represión contra nosotros y siguieron los cambios de destino para dislocar el movimiento de capitanes. Comenzó el proceso a los oficiales de Caldas, encarcelados. Pero nuestras reuniones en Lisboa continuaron. Yo fui representante de mi grupo en varias ocasiones. No soy lo que se dice un político, pero estaba seguro de que el pueblo portugués no debía seguir con el mismo sistema de gobierno o con el mismo Gobierno. Lo que nosotros pretendíamos era, sencillamente, entregar a Portugal los destinos de Portugal. No he leído gran cosa sobre teoría política, porque nuestra vida militar apenas nos permite leer. Además, después de una semana en una misión operativa contra los terroristas en las selvas de Angola, todo lo que a uno le apetece es la evasión. Me gustan el teatro y el cine, sobre todo las películas musicales. Pero ya digo que es muy difícil que uno pueda formarse intelectualmente en el Ejército. A pesar de todo, yo recibía de mi hermano, que es abogado, libros sobre temas sociales y económicos. Me interesan sobre todo los problemas o las cuestiones de economía. El libro del general Spínola nos descubrió otros horizontes. Allí estaban escritas algunas de las tesis que nosotros sosteníamos en secreto, por un hombre que los capitanes tuvimos siempre por honesto y recto. Había sufrido nuestro drama en ultramar y era el primero en las operaciones contra la guerrilla.

Yo he luchado dos años en Angola y cuatro en Mozambique. Han sido seis años de una dureza impresionante. Llena de peligros, sobre todo de incertidumbres; nunca sabes cuándo van a atacar. Siempre pendientes de una emboscada de los guerrilleros. Estamos aislados no sólo de nuestras familias, sino de las grandes ciudades como Luanda o Lorenzo Márquez, donde la vida transcurre con normalidad. Montar un campamento es un trabajo impropio. Te falta lo esencial y te sientes desconectado y perdido. Es una constante guerra de nervios, sobre todo por las minas. Nunca sabes dónde poner el pie y vas siempre con la mirada baja para tratar de descubrir una mina. Lo importante es sobrevivir, salir de una emboscada o eludir el gran peligro: la mina. Ni siquiera he pensado en mi enemigo, en el terrorista (sic), sino en disparar para que no me maten. Es un reflejo de defensa propia. En el guerrillero ha calado pronto la idea de que el blanco es un expollador, un señor feudal. Luego lo hablan del racismo, y de esta manera, la guerra se convierte en ideológica.

Nuestras operaciones contra el terrorista comenzaban cuando aún era noche oscura, aunque todo dependía del dispositivo enemigo y de la zona. En Mozambique luché de una manera y en Angola de otra. Eran tácticas diferentes según la configuración del terreno o las fuerzas del enemigo. Porque la lucha contra la guerrilla te rompe todos los esquemas clásicos, no sabes

## RETRATO DE UN CAPITAN

a qué hora vas a salir del cuartel o del campamento, a qué hora vas a comer o si puedes o no fumar un pitillo. Sales para una operación de un día o de cuatro días, o de tres, y te llevas latas de comida prefabricada sin saber muy bien tus movimientos. Africa es dura e implacable con el soldado blanco. Hace mucho frío y mucho calor, lluvia, vendavales y un silencio a veces que te atraviesa. No consigues dormir, y esta vida te trastorna. La lucha contra la guerrilla es extenuadora, porque tienes que estar pendiente de todos los detalles.

Yo no he permitido nunca que se torturara o se cortara la cabeza a los prisioneros terroristas. Repito: no lo autoricé nunca, desde aquella primera vez en que un francotirador mató a uno de nuestros hombres y fue descubierto y hecho prisionero. El sargento me pidió permiso para cortarles las orejas. "Serás castigado si lo haces", le respondí. Después hubo otras ocasiones, pero jamás permití que tocaran a un prisionero. Nuestra vida allí nos aproximó al soldado. En las horas muertas, que eran pocas, escuchábamos música en el radio para hacer descansar a nuestro sistema nervioso, y, sobre todo, hablábamos. Yo conocía uno por uno a mis cincuenta soldados. Sabía de sus problemas económicos o de sus problemas familiares y de los contratiempos a que les llevaban dos o más años en ultramar. Los capitanes vivimos, como digo, en contacto muy estrecho con el soldado. Leíamos sus cartas o compartíamos sus vivencias. Aquí, en el cuartel, hacemos una vida muy distinta. Pero en Angola, o Mozambique, o Guinea, el soldado y el capitán viven y luchan hombro con hombro. Nada de esto les sucedía a los generales, que salvo Spínola y algún otro, vivían cómodamente la guerra desde Lisboa. Yo he visto a capitanes amigos míos y compañeros de Academia morir allí, en medio de aquel paisaje tan maravilloso de playas, cascadas, palmeras, de temperaturas tan cambiantes, un paisaje de grandes dimensiones. Allí viví también el día más impresionante de mi vida: cuando mataron a un soldado a dos metros de donde yo estaba; era de mi compañía. Fue en 1966 y yo acababa de llegar. Estaba atónito, sorprendido por aquel paisaje y por aquella guerra. Lo mataron en el asalto a un campamento terrorista, le destrozaron la cabeza de un tiro. Pero después se te pasa, ya no reaccionas, se te endurece la piel: es la guerra.

El "movimiento de los capitanes", según algunos, tiene raíces económicas, o mejor dicho, de reivindicaciones salariales. No es cierto. Todo comenzó con un decreto del Ministerio de Defensa Nacional sobre intercalación de antiguos oficiales milicianos. Querían equipararlos a los oficiales de carrera. Nosotros protestamos. Fue la primera protesta.

He viajado muy poco por Europa, pero siempre he visto que nos desprecian, que Portugal es algo así como una vergüenza en Europa. Esto me duele. Pero los europeos no despreciaban, como es natural, al pueblo portugués, que no tenía la culpa de nada, sino al Gobierno y al Ejército, que era instrumento de ese Gobierno. Yo, una

vez, en París, no me atreví a confesar que era capitán del Ejército portugués y que había luchado durante seis años en Africa. Esta es la razón de nuestro golpe del 25 de abril: devolver las esperanzas al pueblo, sus libertades. Que podamos pasear por Europa con la cabeza alta. Hemos acabado con la PIDE, la policía política, de la que fuimos víctimas, aunque indirectamente. Sabía, por el pueblo, lo que la PIDE hacía. Por los estudiantes universitarios, con los que hablaba. Por mi hermano, que es abogado. Nuestros familiares, o nuestros amigos, o los estudiantes, nos informaban de lo que sucedía en el país. Yo recibía sus cartas en Angola y Mozambique y se me decía claramente que el Ejército sería culpable si no intervenía.

Soy militar, pero no militarista, y creo que éste es el caso de mis compañeros. He visto a cincuenta, sesenta, no sé, cien personas, morir a mi lado. Soldados de mi compañía o terroristas, y me horroriza la muerte. No entiendo la pena de muerte. Soy de educación pacifista, no hago la guerra por gusto, no soy un mercenario. Elegí esta carrera porque tenía vocación por ella. Un día, mi padre, que es maestro, entró en infantería como oficial miliciano. Yo era muy pequeño e iba al cuartel, donde había caballos, y me gustaba aquella vida. Después de aprobar el séptimo año en el Liceo decidí ser militar de profesión. Estuve tres años en la Academia Militar de Lisboa y un año y medio en la Escuela Práctica.

En 1966 marché a ultramar. Aquello fue un "shock" para mí, porque todo era improvisado: los cuarteles, los campamentos. Allí el capitán está sólo, no es como en el cuartel. Allí decides, casi en solitario, sobre la vida y los movimientos de tus hombres. Esto nos ha enseñado a los capitanes a organizar, a decidir en circunstancias difíciles, a diagnosticar una situación y resolverla. El pueblo nos odiaba porque éramos cómplices, y nos pusimos todos a trabajar con los tenientes y los mayores, aunque nosotros llevaríamos el peso porque somos muchos más en número, para acabar con aquello, con el divorcio entre el pueblo y las Fuerzas Armadas, con la represión. No se nos dejaba estudiar, leer o preocuparnos por temas importantes; nos aislaban del pueblo. Total, para defender el poderío económico de unos pocos. Oliveira Salazar había dicho un día que los portugueses nos sentíamos "orgullosamente solos". Aquello era una aberración. Por eso actuamos.

La alegría ha vuelto a la calle y a los cuarteles. Nos traen ramos de flores y quieren homenajear a los capitanes. No es necesario. Hemos cumplido después de prepararlo todo minuciosamente. No fue fácil o tan fácil como parece. Si el movimiento fracasaba, iríamos todos al destierro para siempre y la represión sería terrible. Pero los soldados estaban con nosotros, y nuestras familias. Mi hermano el abogado, y el otro, que va a ser médico, y los amigos universitarios me enviaron un telegrama emocionado. Pero esto ha sido obra de todos.

He olvidado decirle que estoy casado desde 1965. Tengo dos hijos; la niña, que ha cumplido seis años, nació en Mozambique. Gano 9.000 escudos al mes y 3.000 más cuando me destinan a ultramar. ■ M. L.

## EDITORIAL SEIX BARRAL

### LAS ULTIMAS NOVEDADES

«CONFIESO QUE HE VIVIDO. MEMORIAS», de Pablo Neruda. 511 páginas. 330 pesetas.

«CAMBIO DE PIEL», de Carlos Fuentes. 503 páginas. 330 pesetas.

«OBRA INGLESA» (2.ª edición), de José Blanco White. Prólogo de Juan Goytisolo. 331 páginas. 225 pesetas.

«CAMINANDO POR LAS HURDES» (2.ª edición), de Antonio Ferrés y Armando López Salinas. 145 páginas. 80 pesetas.

«LA CABEZA DEL CORDERO», de Francisco Ayala. 214 páginas. 160 pesetas.

«CAMPOS DE NIJAR» (2.ª edición), de Juan Goytisolo. 145 páginas. 80 pesetas.

«LA NOVELA SOCIAL ESPAÑOLA» (2.ª edición, corregida y aumentada), de Pablo Gil Casado. 598 páginas. 450 pesetas.

«EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA» (2.ª edición), de H. P. Lovecraft. 175 páginas. 130 pesetas.

«LOS CLANDESTINOS», de Fernando Namora. 332 páginas. 280 pesetas.

Solicite catálogos e información en:



## Seix Barral

Hermanos Alvarez Quintero, 2. Madrid-4.

Provenza, 219.

Barcelona-8.

## Alianza Editorial Literatura Italiana

### El libro de bolsillo

\*144

Ignazio Silone:  
Vino y pan

259

Italo Svevo:

Corto viaje sentimental

\*293

Giovanni Verga:

Maestro-Don Gesualdo

311

Cesare Pavese:

Ciau Masino

\*\*325

Alberto Moravia:

Relatos, I

\*\*326

Alberto Moravia:

Relatos, II

432

Cesare Pavese:

De tu tierra

\*\*498

Relatos italianos del siglo XX  
Prólogo, selección y notas  
de Guido Davico Bonino

## Alianza Tres

3 / Cesare Pavese:

Cartas, (1926-1950), 1  
200 ptas.

4 / Cesare Pavese:

Cartas, (1926-1950), 2  
160 ptas.